COLOR HISTORIETAS JORNADA 2ª SECCION PARA NIÑOS

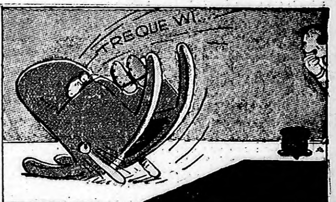
Página 1 Magazine Cómico de JORNADA en Multicolor Enero 30 de 1932





















LOS LIOS DE DEDALITO Y SPAGUETTI

por SEGAR





































EL NIDO DE DOÑA URRACA

Interpretación

Entró un paisano en una barbería para hacerse afeitar; al terminar dió al peluquero diez centavos de propina. Al recibir los el barbero le dijo:

—"Merci".

Sale a la calle pensativo y al ver pasar a otro paisano le dice:

—Che, mirá, yo recién me acabo de afeitar, le pagué al mozo diez centavos de propina y me dijo "merci". ¿Vos no sabes lo que quiere decir?

—Sí; ese barbero al decirte eso te ha insultado a vos y a toda tu familia.

El paisano salió corriendo, volvió a la barbería y le dijo al barbero, mostrándole el puño:

—Vea don, usted y toda su familia son unos grandes "merci". ¿Sabe?

* * *

Va un vigilante por la calle y ve que un inglés está escupiendo.

El vigilante: ¿No sabe que es prohibido escupir en el suelo?

El inglés: Yo no escupir en el suelo, yo escupir en la pared.

El vigilante. ¡Bueno! Es prohibido fijar carteles.

* * *

En Cincinati, Ohio, (Estados Unidos), se ha fundado un club femenino de propaganda contra el beso.

* * *

Después de un choque de trenes:

—Bien puede afirmarse —dice uno — que cuando se viaja en ferrocarril la vida está pendiente de un hilo.

—No, — le contesta un amigo — está pendiente de una aguja.

* * *

El egoísta desea, no ama. No conoce más que las satisfacciones de tomar y no las inefables alegrías de dar. — René de Pont-Jest.

PREGUNTITA CONTESTADA

Esta es una bromita para intentar entre chicos. Se toma una pelota de goma, del tamaño que se disponga, se hace en un papel un agujero redondo, del mismo diámetro de la pelota, y se dice a algún amigo: "¿Podrías tú empujar la pelota con el dedo, a través de este agujero?". Como el amigo lo intente, no lo conseguirá. Pero hay un modo de realizar lo indicado en la pregunta, sin dificultad alguna. Fíjese en el dibujito y verá cómo es posible "empujar la pelota" por el agujero y con el dedo. No se habló, por cierto, de "hacerla pasar por el agujero", aun cuando pudo creerse al formular la pregunta.

La inmensidad es la lección visible de la inmortalidad. — Pelletan.

* * *

—Señor, yo deseo casarme con su hija.

El anciano vaciló un momento.

—¿Ha visto usted a mi esposa? — preguntó después de una pausa.

—Sí, la he visto —, dijo el pretendiente — pero no importa, me casaré y sea lo que Dios quiera.

(¡Cómo sería la futura suegra!).

* * *

Nada menos que 3400 personas se han perdido en Londres el año pasado, y próximamente el mismo número el año antepasado.

* * *

—¿Qué tal los negocios?

—¡No me hables! He tenido que vender mi dentadura postiza para poder comer.

Observando que ciertos pedernales producen un sonido bastante puro, un melómano vienés ha formado una orquesta con guijarros. Durante 30 años fué recogiendo, con una paciencia imposible de imaginar, todos los pedernales que se encontraba y, después de probar sus sonidos, los añadía a su colección, formando así una especie de piano, con el que obtiene sorprendentes resonancias.

* * *

En casa del doctor:

El criado — ¡Señor, un cliente!

—El doctor. — ¿Viejo o nuevo?

El criado (confuso).—El señor sabe bien que sus clientes no llegan nunca a viejos.

* * *

Un alma esforzada luchando contra la adversidad, es un espectáculo encantador hasta para los mismos dioses.—Séneca.

* * *

Ahora se construyen campanas de caucho endurecido, en vez de hacerlas de metal. Además de una resistencia más grande, tienen la inmensa ventaja de que no son atacadas por los agentes químicos ni son conductoras de la electricidad.

* * *

—¿Crees que habrá medio de contener el movimiento sufragista?

—Sí; uno muy sencillo.

—¿Cuál?

—No permitir el voto a la mujer hasta después de los treinta y cinco años.

* * *

Pierpont Morgan, el multimillonario norteamericano compró al señor Jacques Seligman de París, 86 de los más maravillosos relojitos del mundo.

Pagó por ellos trescientos mil dólares. Esos relojes son del siglo diez y seis y de modelos muy raros. Hay uno que tiene el tamaño de un huevo de canario y puede ser usado como alfiler de corbata.

* * *

—¿Está usted por la alimentación vegetal? — preguntaron a uno.

—Le Diré a usted: yo como hierbas por segunda boca.

—No le entiendo

—Las hierbas engordan al ganado y se convierten en carne, y cuando están en esa forma, me las como.

EL GALLO NO ESTABA SOLO

"¡Ki-ki-ri-ki!" cantó el orgulloso gallo multicolor. "¡Qué tarde se levantan todos! No veo a nadie más que a nosotros", dijo al burrito. Pero estaba equivocado. Si mira usted con atención el dibujo, verá a doña Gregoria y a don Froilán, dos gansos, un pato, una gallina, dos cerdos y Pichicho, el perro de la casa. Hay que mirarlo de distintos puntos, para verlos a todos.

Un veterinario dice a su nuevo ayudante:

—Toma este tubo, llénalo de magnesia, introdúcelo en la boca del caballo y sopla muy fuerte.

A los cinco minutos vuelve el ayudante haciendo horribles visajes.

—¿Qué te pasa?

—¡Que el caballo ha soplado antes que yo!

En la marina inglesa suelen los oficiales cazar tiburones por el siguiente método: Dentro de una caña hueca encierran herméticamente un cartucho de dinamita, meten la caña dentro de un cebo de carne de cerdo y arrojan todo al agua, conectado por un alambre a una batería eléctrica. Cuando el tiburón traga el cebo, desde a bordo provocan la explosión de la dinamita.

Entre patrón y mucamo:

Al ver el primero que el otro tiene una mano en la espalda, le dice:

—Apuesto cualquier cosa a que te estás fumando uno de mis cigarros.

—Dispense el señor; pero no soy aficionado a hacer apuestas.

"Cuando Doña Urraca lleva a su nido cosas brillantes, agradables e inútiles, nos da una gran lección de periodismo. Nosotros la aprovechamos".

Rufilanchas llega a la estación del ferrocarril cuando acaba de salir el tren que iba a tomar.

—Espere al rápido — le dice un empleado.

—¿Cuándo sale?

—Dentro de cuatro horas.

—¿Y le llama rápido cuando tarda cuatro horas en salir?

LO QUE DIJERON ALGUNOS REYES EN EL MOMENTO DE MORIR

Frases Notables que Demuestran el Carácter de Cada Monarca

MIEDO, ANGUSTIA Y AFAN DE HACERSE FAMOSO

HAN sido muchos los reyes que en toda su vida jamás hablaron con tanta sinceridad como en sus últimos momentos: en todos los países ha habido algún monarca que ha esperado a estos solemnes instantes para reconocer sus errores o sus faltas.

Felipe III de España, en su lecho de muerte, volvióse a uno de sus ministros y le dijo: ¡Buena cuenta vamos a dar a Dios de nuestro gobierno!

Las últimas palabras de Carlos IX de Francia, atormentado por el recuerdo de Saint Barthelemy, fueron: ¡Cuánta sangre! ¡Cuántos crímenes! He obrado mal; ¡que Dios me perdone!

* * *

La historia de Inglaterra conserva las últimas frases pronunciadas por algunos de sus reyes, que tampoco debían tener la conciencia muy tranquila.

La reina Isabel murió exclamando: ¡Todas mis posesiones por un momento de vida!

¿Puede esto durar todavía?, preguntó al morir Guillermo III.

Ricardo III gritó en su agonía: ¡Traición, traición!

Estas palabras contrastan con las del gran Carlos V que al morir en Yuste con serenidad y resignación conmovedoras, alargó la mano para tomar un crucifijo diciendo: Ya es tiempo; ¡Jesús, y exhaló el último suspiro.

Otro rey de España, Fernando el Santo, tuvo una muerte igualmente cristiana. Considerando que el morir era el acto más glorioso de su vida, sus últimas palabras fueron para ordenar a los sacerdotes que entonaran un tedéum y al comenzar el canto dejó de existir.

También es digna de mención la resignación de Luis XV de Francia, que al ver a sus cortesanos llorando junto a su lecho de muerte, les preguntó: ¿Por qué lloráis? ¿Creíais que yo iba a vivir siempre? Y luego añadió: Creía que el morir era más difícil.

Un rey debe morir de pie, dijo al terminar su vida Luis XVII de Francia. Jacobo V de Inglaterra, que cuando estaba agonizando recibió noticias del nacimiento de su hija María, la famosa María Estuardo, dijo proféticamente: La corona vino por una mujer, y se irá por una mujer.

* * *

Muchos soberanos se han preocupado de los demás más que de sí mismos en sus últimos momentos.

Ejemplo: Alejandro I de Rusia, después de excusarse con su servidumbre por las molestias que su larga enfermedad le había ocasionado, dedicó sus últimas frases a su esposa, diciendo con profunda ternura: "¡Debes estar cansada, Isabel!"

Estas palabras recuerdan la frase: "Pobre Carlota", que pronunció el emperador Maximiliano en el momento de ser fusilado.

* * *

Otros monarcas se han sentido inclinados al perdón de las ofensas y sus frases postreras han respirado la más noble generosidad.

Carlos III de España, al preguntarle el patriarca de las Indias si perdonaba a sus enemigos, respondió:

"No tenía que aguardar a este trance para perdonarlos".

Ricardo I de Inglaterra también murió perdonando. Acababa de ser herido por una flecha de Bertrand de Gourdon, y al ver que éste había sido hecho prisionero, dijo entre el estertor de la agonía: Joven, yo os perdono, y volviéndose a sus criados ordenó:

Quitadle sus cadenas, dadle cien chelines y dejadlo ir.

Y las palabras con que Alfonso XII, el padre de Alfonso XIII, pasó a mejor vida fueron: "¡Qué conflicto, qué conflicto!" Y tuvo razón.

BUENAS LENGUAS



—Che, me dijo Pepita que quería darle una sorpresa a su novio el día de su cumpleaños.

—¿Del de Pepita?

—Sí.

—Pues, que le diga su verdadera edad.

ESPIRITU PRACTICO

—Pero si usted descontenta a todos sus clientes acabará por no tener trabajo.

—No, señora.

—¿Por qué?

—Porque siempre, al fin y al cabo, me quedarán los que estén descontentos de las otras planchadoras.

* * *

—Yo creo — dijo el médico —, que debe usted dejar de tomar vino, de fumar, de andar en auto y de ir al teatro.

—Sí, doctor — contestó el paciente — todo eso tendré que dejarlo, por un tiempo, si le pago la cuenta que me ha pasado.

* * *

Casi la cuarta parte de la población de París vive en casas de departamentos.

* * *

Rufilanchas se ha levantado a las 5 de la mañana para tomar el tren.

—Figúrate — dice un amigo — que no he dormido más que dos horas.

Pues estarás rendido de cansancio.

—No lo creas. Yo duermo muy de prisa.

* * *

Mis enfermos pobres son mis mejores clientes: Dios se encarga de pagar por ellos.—Boerhaave.

* * *

En las Antillas los ciclones son tan frecuentes que los buques no echan, cuando están en puerto, más que un ancla a fin de poder huir a toda prisa mar adentro en cuanto los semáforos especiales anuncian la proximidad del ventarrón.

* * *

En casa del sastre:

—Me he enterado de que viste usted a mi hijo desde hace dos años y a crédito.

—Sí, señora.

—Bueno, pues a eso vengo.

—¡Oh, señora, para qué se molestó! No corre ninguna prisa...

—No; si vengo a que me vista también a mí.

En el estudio de un pintor eminente un visitante se apoya en un cuadrito puesto en un caballete.

—Tenga usted cuidado, don Dalmacio — le dice el artista — que ese cuadro aun está fresco.

El visitante, mirándose la manga de la levita, que se ha manchado de pintura:

—No se apure usted; precisamente llevo un traje viejo y no me importa que se manche.

* * *

No hay porque avergonzarnos de haber practicado una buena obra por indicación ajena, antes bien hemos de conceder entrada libre en nuestro ánimo a todo aquel que sea capaz de aconsejarnos una buena acción.—SAINT EVREMOND.

* * *

La noche está oscura como boca de lobo. Un señor que camina a tientas tropieza con otro sujeto que, después de saludarle cortésmente, le dice:

—Perdone usted, caballero. ¿Ha visto usted algún policía por las inmediaciones?

—No, señor.

—Entonces tenga la bondad de entregarme el dinero y el reloj.

* * *

Un relojero suizo ha construído un reloj muy original. Afecta la forma de un abanico, compuesto de doce hojas, numeradas de I a XII, que se van abriendo poco a poco, según pasa el tiempo. A la una, por ejemplo, el abanico está cerrado ejemplo, el abanico está cerrado; a las dos presenta dos hojas, y así sucesivamente hasta las doce, en cuyo momento aparece completamente extendido. Al dar de nuevo la una se cierra automáticamente y repite la misma operación.

RETRATO IDEAL



—¿Cómo logró su amigo pintar tan admirablemente el ángel que hay en su cuadro?

—Le pidió a un novio que le describiera el aspecto de su novia.

A LA MODA



Ella — Yo visto a la última moda. Aquí donde me ve, no llevo camisa.

El — Yo también estoy a la última. Aquí donde me ve, no tengo un centavo.

* * *

Un poeta vive en una pieza, en el fondo de un conventillo, sin más muebles que un mal catre.

Al saber que una cuadrilla de ladrones opera en la vecindad, dice a un amigo:

—Préstame siquiera un par de sillas. Me daría vergüenza que entrasen en mi casa los ladrones y no encontrasen nada que llevarse.

* * *

Un horticultor, que ha pasado muchos años observando las lombrices de tierra, asegura que en cada área de terreno laborable hay, por término medio, 1.340 gusanos de dicha especie.

* * *

Novio (una semana después del casamiento). No he visto todavía el cheque de 5.000 $ que tu padre dijo que os iba a regalar.

La novia. — No lo mandará. Supo que tu padre nos había mandado ya uno y dice que es una falta de distinción mandar regalos iguales a los otros.

* * *

La esclavitud es el estado natural del género humano hasta que se realiza la liberación sobrenatural. — J. DE MAISTRE.

* * *

Política de suegra:

—A mi hijo le tengo prohibido el automóvil.

—Es usted muy despótica, señora.

—¿Yo? Nada de eso. La prueba es que a mi yerno se lo permito.

* * *

La carta amorosa más antigua del mundo se conserva en el Museo Británico. En ella se hacen proposiciones de matrimonio a una princesa egipcia de hace 3500 años. Los caracteres de la escritura están grabados en un ladrillo.

UN DIBUJO DIFICIL DE TRAZAR

Prueben este jueguito fácil cuando estén reunidos con algunos amigos. El juego consiste en trazar el dibujo cuyo modelo en pequeño, se presenta al márgen. El que lo trace en menos tiempo es el que gana. No hay limitación en cuanto a los trazos de lápiz que se pueden emplear. Pero hay que hacerlo pronto, muy pronto, para salir triunfante. Los jugadores estarán autorizados a mirar el modelo todas las veces que lo consideren necesario. El trazado no es fácil, sin duda. Sin embargo, tiene su secreto. Hay modo de hacerlo muy rápidamente. Para eso es necesario, únicamente, tener en cuenta que el dibujo complicado, al parecer, se compone de dos S mayúsculas entrelazadas.

Una profesora de piano fallecida recientemente en Marsella, Francia, ha sido enterrada en su piano, de acuerdo con sus disposiciones testamentarias. Daba como razón de tan extraño capricho el hecho de que había pasado con su piano las horas más felices de su vida.

Créese que después del vino de uva la bebida más antigua es el "saké" o vino de arroz de los japoneses, que lo beben desde hace más de dos mil años.

* * *

Primer automovilista. — ¿Es este el automóvil que comprastes el año pasado?

Segundo automovilista. — Sí, todo menos el cuerpo y tres ruedas.

* * *

En Africa se cazan cada año no menos de 65.000 elefantes, que dan una cantidad de marfil valuada en cerca de un millón de libras esterlinas.

* * *

Entre marido y mujer:

—Dilo de una vez, ¿me tomas por un imbécil?

—No, hombre, no, pero puedo equivocarme.

* * *

Una de las pruebas de talento que puede dar el hombre es ocultar a veces el que realmente tiene; y, aún es mayor prueba el no echar de ver que muchos carecen de él. —MAD. DE PUISIEUX.

* * *

Señora de Pí, — ¿Por qué te estás escondiendo por todas partes, Tomasito?

Tomasito. — Estamos jugando a personas mayores y mi hermanito es el carnicero que viene con la cuenta.

* * *

Entre las joyas que se conservan en la catedral de Génova, hay un vaso del siglo XIII, tallado en una sola esmeralda, de 25 centímetros de diámetro, por 15 de altura.

* * *

La mamá. — ¿Dónde están la naranjas que había encima de la mesa?

El nene. — Deben estar junto con las galletas que había sobre el aparador.

—¡Cuánto daría por hallarme una hora en tu lugar! — decía a un marido su ingenua esposa.

—Porque siendo yo el marido, compraría durante esa hora un hermoso traje a su mujercita.

* * *

Desde la India hasta Francia el sol no ve más que una familia inmensa que debía regirse por las leyes del amor: mortales sois hermanos.— Voltaire.

* * *

Marido de tres meses de casado.— ¿Cree Vd. que una mujer es capaz de sacarle el dinero del bolsillo de la ropa a su esposo?

Marido de experiencia. — Sí, si el marido es capaz de dejar dinero en el bolsillo de la ropa.

Buen Sistema

Un médico tenía un perrito al que profesaba gran cariño. Un día le robaron el perro y el médico, para conseguir que se lo devolvieran, puso un aviso en un diario pidiendo que le mandaran el perro, terminando dicho aviso con las siguientes líneas:

Advertencia: El perro que se busca no es de gran valor, pero tiene para el médico su propietario una importancia grandísima, pues le ha inoculado con diversos cultivos de microbios y tiene la lengua de tal modo infectada que donde quiera que la pase dejará el gérmen de una enfermedad contagiosa. Como es un perro muy cariñoso, lo advierto así.

Al día siguiente le devolvieron el perro.

* * *

—A mí me gustan los cuadros grandes, muy grandes, con muchas figuras.

—¿Es usted artista?

—No; fabricante de marcos.

* * *

Los únicos dos elementos que contienen todas las substancias necesarios para la vida humana son la leche y la yema de huevo. Un hombre puede vivir comiendo sólo esas cosas.

* * *

—¿Y si mis padres le niegan mi mano?

—¿Y qué? Me contentaré con el resto de su persona, y que se queden ellos con la mano.

* * *

El hombre que más ha vivido no es el que cuenta más años, sino el que más ha sentido la vida. — J. Rousseau.

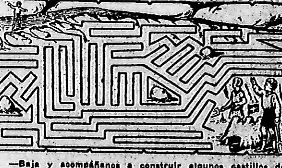
* * *

En un colegio de niñas:

—Diga usted, señorita; ¿qué es un cometa?

—Una estrella en traje de etiqueta.

EN LAS ROCAS DE MAR DEL PLATA



—Baja y acompáñanos a construir algunos castillos de arena — gritó Juancito a Emilio, que estaba en lo alto de unas rocas, tomando el aire.

—Está bien — contestó Emilio. Pero cuando se puso en marcha, notó que se le presentaban tres distintos senderos para ir de las rocas a la arenosa playa. Siga las sendas indicadas y entérese de cuál fué la que tomó. Haga distintas pruebas, hasta acertar.

Hay en las orillas del lago Tchad un arbusto llamado Marea, cuya madera es más liviana que el corcho. Los indígenas hacen con ella flotadores para cruzar los ríos y arroyos.

* * *

Nadie te ha engañado tan amenudo como tú mismo. — FRANKLIN.

Un estudiante de medicina le preguntó a uno de sus profesores si no había algún libro de anatomía más moderno que el que estaba usando para estudiar.

—Joven— le contestó el profesor — no lo hay. ¿Cómo se han agregado tan pocos huesos al cuerpo humano durante los ultimos diez años?

◇ ◇ ◇ ◇ ◇ ◇ ◇ ◇ ◇ ◇ ◇ ◇ ◇

Barberos de Estrañas Costumbres

En Cada País, la Peluquería Tiene su Aspecto Típico

UN INGLES SIN BRAZOS QUE SE AFEITA SOLO

EN nuestro país es costumbre afeitarse solamente la cara, pero hay en el mundo regiones donde la moda, o más bien una práctica añeja exige que los hombres se afeiten la cabeza. Tal acontece, por ejemplo, en los países musulmanes. Todo el que haya estado en Melilla o en Tánger, habrá visto el curioso aspecto que los moros ofrecen cuando no llevan turbante, con la cabeza completamente rasurada, a excepción de un mechoncito, que unos trenzan cuidadosamente y otros ostentan despeinado, crespo y revuelto como las raicillas de una cebolleta. El oficio de barbero, por consiguiente, no es entre los mahometanos enteramente como entre nosotros.

* * *

El barbero árabe o moro debe especializarse en el arte de afeitar el cuero cabelludo, dejando el consabido mechoncito en la forma y sitio que el cliente desea, pues hay quien, en vez de dejárselo en la coronilla, gusta de llevarlo encima de la oreja.

El mahometano se deja un copete de pelo porque así lo hicieron sus antepasados, y éstos lo hacían por temor de que, si un discípulo de Mahoma caía en poder de un infiel, éste al cortarle la cabeza, le pusiera en la boca su impura mano si no encontraba pelo por donde tomarla. Muchos buenos mahometanos, entre ellos los fellahs de Egipto, cuando llaman por primera vez el barbero para que afeite a un niño, celebran el acontecimiento matando una cabra o alguna otra res junto a la tumba de algún santón, y haciendo una fiesta, en la que el barbero y los parientes y amigos de los padres comen la carne de la víctima.

El barbero que es buen musulmán debe tener mucho cuidado de que, al afeitar, no caiga al suelo un sólo cabello, lo cual se consideraría por aquellas gentes como un insulto a la dignidad del hombre, dignidad que se transmite a cuanto ha formado parte de su puerto. El parroquiano procura, por su parte, sostener el peinador de manera que en él caiga el pelo, el cual es luego recogido y enterrado.

* * *

En la India también necesitan los barberos tener ciertas habilidades especiales; a la vez que rapa-barbas (y rapafrentes porque los indios llevan con frecuencia la frente afeitada), han de ser en cierto modo pintores, pues entre sus obligaciones está la de decorar la frente de sus clientes.

Cuando el cliente es una persona muy religiosa, debe tiznarle la ceja para arriba con cenizas de estiércol de vaca o por lo menos hacerle con ellas una línea horizontal sobre el entrecejo; si se trata de un devoto de Vishnú, le pinta con una especie de arcilla de colores tres líneas dispuestas en abanico, la del centro roja y blanca las de los lados, y si sólo tiene que habérselas con un hombre de buen tono, pero no fanático, le pone en el centro de la frente el "pottu", círculo amarillo hecho con una pintura en cuya composición entra el sándalo, que comunica a éste adorno un agradable aroma.

* * *

Entre los barberos raros merecen indudablemente un puesto los chinos. En China, el barbero es, además, no sólo peluquero, como entre nosotros, sino manicuro, pedicuro, limpiabocas y limpiaoídos. No es, como en Europa, comerciante establecido, sino que va por las calles, prestando sus servicios a quienes lo desean, y lleva sobre sí un verdadero arsenal de herramientas destinadas al más perfecto desempeño de las variadas funciones que entran en su perfección. Con frecuencia, una parte no despreciable de su impedimenta la forma una colección de coletas artificiales; porque hay que saber que la trenza de los chinos elegantes no es una realidad tan larga como parece; una mitad de ella por lo menos es postiza.

* * *

Y ya que de extravagancias y curiosidades barberiles hablamos, bueno será recordar a mister John Chambers, un inglés manco de los dos brazos que se afeita solo. Afeitarse con el pie y, por añadidura, sin el auxilio de la mano que debe tener la piel de la mejilla para facilitar la operación y disminuir el riesgo de cortarse, no parecerá empresa sencilla a cuantos saben que la navaja barbera es un instrumento peligroso y debe manejarse con cuidado.



En Londres, de cada cuatro personas que viven de su sueldo, sólo una gana más de una libra esterlina por semana.

* * *

Un condenado a muerte, después de haber oído la lectura de su sentencia, insulta gravemente al juez, y éste le dice:

—¡Mire usted, desdichado, que está agravando su situación!

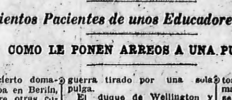
GRAVE PELIGRO



—¿Por qué sostiene la respiración? ¡Se va a ahogar!

—Es que estoy asustado. He leído en una estadística que cada vez que uno respira se muere una persona en el mundo. Por eso trato de respirar lo menos posible.

◇ ◇ ◇ ◇ ◇ ◇ ◇ ◇ ◇ ◇ ◇ ◇ ◇



Maravillosos Domadores de Pulgas

Procedimientos Pacientes de unos Educadores Extraordinarios

COMO LE PONEN ARREOS A UNA PULGA

LAS pulgas de cierto domador que actuaba en Berlín, representaban entre otras cosas el entierro de Napoleón III. Seis pulgas tiraban de una minúscula carroza fúnebre, otras la seguían con unos crespones y detrás marchaba la escolta con vistosas carrozas doradas.

* * *

En 1875 recorrió Alemania y Francia un tal Urbini que hacía admirar en todas partes la ciencia de unas pulgas de nacionalidad inglesa, al decir del domador Había pulgas que se batían con espadas microscópicas, otras formaban un destacamento de caballería (los caballos eran pulgas también), otras esgrimían cuchillos u ostentaban férreos cascos.

También exhibía cuatro pulgas que tiraban un "mail coach", del tamaño de la yema de un dedo.

Los tiros eran de pelo. Otra pulga que hacía de cochero se sostenía erguida en el pescante con un látigo en la mano.

La "troupe" se alimentaba chupando la sangre de los brazos de un pobre diablo contratado al efecto.

* * *

El célebre novelista Dickens describió los conservatorios de pulgas inglesas que luego viajaban por todo el mundo luciendo sus habilidades.

A continuación damos el texto de un prospecto antiguo para que nuestros lectores se den cuenta de la sabiduría de las pulgas.

"Exhibición extraordinaria — Pulgas industriosas patrocinadas por la familia real y por la nobleza de Inglaterra. — Programa: "Una sala de baile en la cual bailan un vals dos pulgas vestidas de señora y otras dos de caballero. La orquesta se compone de doce pulgas que tocan diversos instrumentos de tamaño apropiado para los músicos. La música se oye perfectamente. También se ven cuatro pulgas alrededor de una mesa jugando a las cartas.

Un buque de guerra de 120 cañones con sus mástiles, velas y cordaje arrastrado por una sola pulga.

Un elefante armado para la guerra tirado por una sola pulga.

El duque de Wellington y sus dos edecanes montados en pulgas con sus sillas correspondientes y bridas de oro.

Dos pulgas decidirán una cuestión de honor, espada en mano.

Un juego de sortijas cuya acción la ejecutan por completo pulgas vestidas con diversos trajes".

A la cabeza del prospecto se ven las armas de Inglaterra.

* * *

Otro empresario inglés exhibía una pulga que tiraba de un cañoncito de plata ochenta veces mayor que el insecto.

Al anunciar lo que iba a hacer la pulga decía muy serio el domador: "Se va a cargar con pólvora el cañón y la pulga "heroica" aguantará "sin palidecer" la formidable detonación".

Algunas veces estos tigres microscópicos recobran su instinto feroz y sanguinario. Un profesor británico exhibía su "troupe" ante una familia real de Europa. De repente la "estrella" de la compañía dió un salto y desapareció. El empresario que la había seguido con la vista se dirigió a una de las princesas diciendo:

—Pido perdón a vuestra alteza, pero creo que mi discípula se ha refugiado en vuestra augusta persona. Si vuestra alteza quiere buscarla, será cosa de un momento.

La princesa se echó a reir y accedió. Retiróse a un aposento contiguo y volvió en seguida trayendo entre el índice y el pulgar la "estrella" fugitiva.

Pero el profesor sin ver más que la cabeza de la pulga, exclamó:

—Dígnese perdonarme vuestra alteza, pero la pulga que ha cazado no es mi "estrella"; ¡esa es una pulga salvaje!

La serenísima señora tenía pulgas como un perro cualquiera.

* * *

Cierto profesor inglés llegó a creer su arte tan eminente que anunció conferencias sobre la educación de las pulgas.

'El "primer principio" — decía, — es quitar a la pulga la costumbre de avanzar a saltos. Es preciso enseñarle la marcha rítmica. A este efecto se la encierra en un caja tan ligera que rueda a cada salto de la pulga. Esta se enfada, porque las pulgas tienen muy mal genio, pero la fatiga concluye por domar los nervios del insecto, y aprende a andar pausadamente.

Cuando la pulga sale de su cárcel esférica se la cincha por la tercera articulación con un cabello anudado en el lomo. Se pasa por él una hebra de seda y se la ata como a un perro ante su casilla. El mejor modo de alimentar a las pulgas es presentarles una tajadita de carne fresca.

Después de ésto se la obliga a hacer ejercicios tirando de carros o de cañones. El profesor tiene siempre de reserva para las pulgas recalcitrantes el suplicio de la dieta o la terrible caja esférica.

Tal es el arte de educar las pulgas. Sólo hace falta paciencia y que las pulgas sean buenas. No conseguirá nada el profesor que tenga malas pulgas.

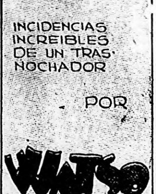
PITANZA CHINA



—¿Cree usted que es verdad que los chinos comen nidos de golondrinas?

—Puede ser; pero, probablemente, será cuando estén dentro.

















LOS CEBOLLITAS Y EL CAPITAN

Por R. DIRKS
CREADOR DE ESTA HISTORIETA



























EL CASO DEL LORO QUE HABLO POR TELEFONO





Nueva Aventura Policial del Detective Coldwyn Dane y de su Joven Ayudante Slick Chester



Completa en Este Número — Ilustraciones de P. ROJAS

¿QUIEN MATO AL VIEJO BELLONI?

—Riverside, cero, cero, uno tres, señorita.

Slick Chester levantó el auricular y habló ante el aparato telefónico con una claridad que no admitía confusión alguna.

Junto con su jefe, el conocido detective particular Coldwyn Dane, de Benton Street estaba investigando el importante caso de los diamantes de Brandon. Habían circunscripto sus averiguaciones a un barrio determinado de la región de los muelles, y Slick Chester había pasado gran parte del día persiguiendo a un tipo sospechoso. Pero al anochecer se había producido una niebla densa y amarillenta, y el muchacho había perdido la pista de su hombre.

En aquel momento llamaba por teléfono a Coldwyn Dane, a un sitio determinado de antemano, para comunicarle su fracaso. Como el fracaso y el joven Slik Chester no eran buenos amigos, el ayudante del detective tenía el ceño fruncido.

Se produjo una confusión de ruidos en la línea telefónica, y Slik Chester oyó a alguien que gruñía quejumbroso.

—¡Hola! ¿Quién es?—preguntó.

—Belloni, Shad Street —dijo una voz.

—¡Oh! Perdone. Número equivocado.

Fastidiado, Slick Chester se dispuso a colgar el tubo para comunicarse de nuevo con la oficina, pero algo que sucedió le hizo detener la mano en el aire. Por el teléfono oyó primero un golpe sordo y luego un golpe fuerte, como si el auricular del otro aparato se hubiera caído de una mano sin fuerza. Luego escuchó el ruido de un cuerpo que cae al suelo y, por último, un penetrante grito:

—¡Crimen! ¡Bimbo! ¡Pum! ¡Pum! ¡Crimen!

Se hubiera dicho que el otro aparato estaba en un sanatorio. Resonaron muchos chillidos y gritos extraños, y, sobre todos ellos, una voz sumamente aguda gritó varias veces:

—¡Crimen! ¡Crimen!

Al oír tales palabras entre todo el barullo, Slick Chester se sintió preocupado. ¡Crimen! Con rapidez asombrosa se pintó en su mente lo que debía estar pasando al otro extremo de la línea. El primer ruido lo había producido un revólver con aparato silenciador y alguna persona había sido herida en el momento en que estaba hablando por teléfono.

Slick Chester colgó el auricular y tomó la guía telefónica, que estaba pendiente de un clavo, en la pared. Volvió las páginas febrilmente, hasta encontrar el nombre que había oído por el aparato.

Allí estaba. Recorrió la línea con el dedo y vió: A. Belloni, vendedor de animales curiosos. Shad Street 61.

Vendedor de animales. Eso explicaba los ruidos extraños que había oído. Eran gritos de los alarmados animales, testigos de la tragedia que seguramente se había producido frente a ellos.

Slick Chester se olvidó de hablar con Coldwyn Dane. El caso aquel no se relacionaba con el de los diamantes de Brandon, al parecer, pero era digno de que se le prestara atención. Shad Street se encontraba cerca, y el muchacho recordaba que era una calle sucia y mal frecuentada.

El joven detective procedía siempre rápidamente. Muy poco después estaba en una casilla telefónica, en medio de la calle llena de niebla y en la que los faroles del alumbrado sólo se veían como turbias manchas amarillentas. Al salir de la casilla telefónica tropezó con alguien que le tomó fuertemente de una muñeca.

—¡Hola! ¿Qué prisa es esa?

Levantando la cabeza, Slick Chester vió el casco y la capa de un agente de policía. Era una suerte. Tardó sólo unos instantes en convencerle de que debía acompañarle a Shad Street, donde su presencia era necesaria. Los dos juntos se dirigieron, corriendo, hacia la casa del vendedor de animales curiosos.

En el momento en que llegaron a Shad Street, alguien se alejaba en dirección contraria y luego se perdió entre la densidad de la niebla, corriendo tan desesperado, que Slick Chester, aun cuando tendió la mano para agarrarlo, no pudo detenerlo. Lo único que el joven alcanzó a ver fué que vestía un traje que no era a su medida y que tenía una gorra metida hasta las orejas.

—Quisiera saber por qué corría ese individuo—murmuró el muchacho.— Alguna grave razón debe tener para correr de ese modo en medio de una niebla tan densa. Miró el número de una casa, al llegar a un farol. Cincuenta y tres. Un poco más allá. Ya llegamos.

Una ventana sucia y mal alumbrada se veía entre la neblina. Brillaba débilmente un solo pico de gas, alumbrando algunas jaulas amontonadas y ocupadas por tristes animales cautivos. La puerta estaba cerrada, sujeta por un pestillo herrumbrado que chirrió al abrirlo Slick Chester.

Seguido del agente de policía, entró en el local, y la puerta se cerró tras ellos. El interior estaba casi a obscuras, y las jaulas, algunas de ellas como cajones, estaban amontonadas sobre el piso, en el que hacía poco habían esparcido serrín.

Una sola mirada fué suficiente para que el muchacho viera la figura de un hombre tendido inmóvil, detrás del mostrador.

Era la de un hombre anciano, de cabello gris y con una herida, que sangraba, en el cuello. Junto a él estaba tirado, en el mostrador, un aparato telefónico y el tubo se hallaba cerca de su mano.

—El viejo Belloni — dijo al agente de policía, con voz ronca.— Le conozco bien. Un tipo extraño. Vivía solo, enseñando loros y cuidando a toda clase de animales raros.

—Así parece — dijo Slick Chester, inclinando la cabeza.— No se mueva de donde está agente. Esta capa de serrín puede enterarnos de algo. Parece que la hubieran esparcido cuando hablé por teléfono. ¿Ve usted esas huellas?

—¿Serán las del matador?

—Puede ser — dijo Slick Chester, cautelosamente.— De lo que no cabe duda es de que alguien entró en esta casa, hace poco. Aquí hay un pedazo de barro húmedo. Entró hasta el mostrador.

El muchacho observó entonces que había diferencia entre las huellas de llegada y las otras. En las de salida estaban más marcadas las puntas de los pies que los talones.

—Partió muy apurado — dijo Slick Chester.— ¿Sería el tipo a quien vimos en la calle? ¿Estuvo antes aquí? De todos modos, es bueno tomar nota de que la persona que visitó al señor Belloni tenía un remiendo en la suela del botín del pie derecho.

—Pero alguien presenció lo sucedido — dijo el agente.

Slick Chester se acercó al cuerpo. La bala había entrado por la nuca y había salido por la parte de adelante del cuello. La muerte tenía que haber sido inmediata.

—Alguien gritó "¡Crimen!" Lo oí por teléfono. Sería bueno que usted fuese en busca de su inspector y de un médico—dijo entonces el agente de policía.— No quiero tocar ese teléfono todavía. Puede hablar de la casilla que está en la esquina de esta misma calle. Me quedaré aquí y cuidaré de que nada cambie de aspecto.

Cuando el agente de policía se hubo retirado, Slick Chester examinó detenidamente todo el establecimiento del vendedor de animales.

El despacho era chico. Casi todo el espacio estaba ocupado por pilas de jaulas con animales. Algunos conejos se asustaron al verlo, y un loro rojo y verde comenzó a agitarse en su percha de hojalata.

Slick Chester miró al animal, pensativo.

—¡Hola, Perico!— murmuró. —¿Fuiste tú? ¿Gritaste "Crimen"?

—¡Crimen! ¡Crimen! ¡Bimbo! —chilló el loro.— ¡Crimen! ¡Crimen! ¡Bimbo!

—Esto deshace la idea de que hubo un testigo. El que gritó fuiste tú—se dijo el muchacho.

—¡Crimen! ¡Crimen! ¡Bimbo!—gritó el loro.

Slick Chester trabajó todo lo posible durante la ausencia del agente de policía. Encontró la bala que había matado al viejo Belloni, encajada en la madera de una jaula, a diez y ocho pulgadas del suelo. Tomó el muchacho algunas medidas, se inclinó del otro lado del mostrador y acabó por encontrar un revólver con silenciador, en un canasto lleno de maíz.

El asesino procedió con negligencia al dejar aquí el arma — murmuró.

La sometió a una detenida observación. Había sido descargada hacía muy poco tiempo y una sola de las seis cámaras estaba vacía. Las demás tenían sus correspondientes cartuchos.

Varios cabellos cortos y castaños estaban agarrados al disparador y otros, chamuscados, a la boca del caño. Slick Chester los sacó y los guardó con cuidado en su cartera, antes de untar el caño con una mezcla de tiza y mercurio que sacó de una cajita que llevaba en el bolsillo.

Sacudido el polvo sobrante, aparecieron unas impresiones digitales y una señal borrosa que Slick Chester no pudo interpretar. Decidió dejar el revólver para que lo examinara el inspector y continuar sus investigaciones. Al fondo del negocio había una puerta, pero estaba cerrada. Sin embargo, el muchacho encontró la llave en el suelo, cerca del muerto.

"¡Crimen! Bimbo ¡Pum pum!" fué lo que entonces oyó Slick Chester por el aparato telefónico.

—Parece que la tenía en la mano cuando lo mataron, — dijo el muchacho detective —. ¡Hola! ¡Ya está de regreso el agente!

—Aquí viene el detective inspector Burdett, — dijo el agente a Slick Chester.— No le extraña que Belloni haya terminado así. Hasta parece que lo esperaba. Dice que sabe dónde echarle mano al autor de su muerte. Esperemos a que llegue, ¿no le parece? Se ha retrasado a causa de la niebla.

—Mientras esperamos, podremos tomar las impresiones digitales de Belloni — dijo Slick Chester, pensativo.

El agente no se opuso y el muchacho detective terminaba su tarea cuando entró el detective inspector Burdett.

—¿Ha encontrado algo?— preguntó bruscamente, mirando en redor.

—Hay algunos puntos que me tienen confundido — admitió Slick Chester —. Por ejemplo...

En los ojos del detective inspector brilló un destello de triunfo.

—Descanse su imaginación, muchacho — exclamó —. Es un caso muy claro, de venganza. En realidad, tenemos en libertad al autor. Se sonrió al ver que Slick Chester se estremecía. — Es Harris, el llamado "Anguila", que se pasó quince meses por robo en el presidio de Starkmoor. Fué condenado por declaraciones que hizo Bellomi, ¿comprende?

El muchacho detective lo miró con asombro.

—Belloni fué el denunciante y durante quince meses, Anguila no cesó de afirmar que lo mataría en cuanto saliera en libertad. Lo soltaron esta mañana. Se dirigió a esta casa. Lo pescamos hace un cuarto de hora, mientras trataba de escapar en un automóvil robado. Para que no dude más, le diré que tiene un remiendo en la suela del botín del pie derecho. Coincide eso, ¿no le parece?

—¿Ha confesado que mató a Belloni? —preguntó Slick Chester, pausadamente.

El inspector gruñó.

—No era de esperar. Ha dicho que halló a Belloni muerto, echado sobre el mostrador y que salió corriendo. Eso es mentira, naturalmente. Ahí están las huellas de sus pasos. ¿Ve? Se dirigió al mostrador, con la gorra metida hasta las orejas, de modo que el viejo no pudiera reconocerlo, sacó el revólver y...

—Pero, ¿por qué pasó al otro lado del mostrador? — le interrumpió Slick Chester bruscamente —. ¿Por qué no disparó el tiro desde la puerta? Hubiera sido menos peligroso, no hubiese dejado huellas de pisadas y se habría podido ausentar entre la niebla sin que nadie lo viera.

El detective inspector Burdett se irguió.

—¿A dónde quiere usted ir a parar? — preguntó.

—Si yo fuera usted, le haría algunas preguntas más a Anguila y luego lo dejaría en libertad — dijo, con toda franqueza, el muchacho detective.

—¿Pretende hacerse el gracioso, joven?

—No, por cierto. Mire dónde ha caído Belloni y fíjese en esa jaula. Encontrará que la bala que mató al viejo le entró por detrás del cuello y que la persona que hizo fuego estaba en alto, pues Belloni era de gran estatura. Tal vez estuviera en alguno de esos estantes. Las huellas del serrín indican que Anguila no estuvo de este lado.

Burdett entornó los ojos. Comprendió la razón de la idea de Slick Chester, pero no le gustaba reconocer sus errores.

—Puede que tenga usted razón, — dijo.

El inspector miró en redondo, tratando en vano, de ver algo que el muchacho no hubiera visto ya.

—¿Buscó usted huellas de pisadas de ese lado del mostrador? — preguntó.

Slick Chester inclinó la acbeza afirmativamente.

—Hallé muchas, casi todas ellas del mismo Belloni. Notará usted que tenía puestas unas zapatillas. Hay algunas impresiones digitales suyas, en la pared; pero nada más. Ese es uno de los misterios. ¿Cómo escapó el matador? La puerta del fondo está cerrada. Belloni tenía la llave. Nadie más que Anguila la cruzó por el serrín...

—Quizá se fué volando — dijo Burdett, sarcásticamente.— ¿Ha encontrado usted algo más?

EL SECRETO DEL SOTANO

—Una pequeñez — dijo Slick Chester, indicando el revólver que estaba en el mostrador.— Esa es el arma con la que se cometió el homicidio. Mire las impresiones digitales que tiene. ¿Comprende? Son del mismo Belloni.

—El caso es, señor — dijo Slick Chester a Coldwyn Dane — que Burdett tiene preso a Anguila; pero yo estoy seguro de que Anguila sabe menos que yo quién es el homicida.

Esto pasaba dos horas después, y el muchacho detective estaba sentado frente a su jefe, en la salita del departamento que ocupaban en Benton Street.

Coldwyn Dane acababa de llegar, y su ayudante lo había puesto al tanto de todo lo que había pasado en el establecimiento del viejo Belloni.

—Lo que no acierto a explicarme, señor—dijo Slick Chester—es cómo logró escapar el matador sin dejar el menor rastro.

—Más que el revólver—dijo, sonriendo, Coldwyn Dane.— No olvides ese detalle. Iré a dar un vistazo. El enigma es interesante. Pero no podré ir hasta terminar la averiguación sobre los diamantes de Brandon.

Miró la hora en su reloj de bolsillo.

—Tengo que marcharme inmediatamente. Me preocupa cierto ladrón llamado Kay Elmer, pues se sabe que los diamantes pasaron por sus manos. Pero, déjame ver los cabellos que encontraste en el revólver, muchacho.

Slick Chester se los entregó, y el detective los examinó con un microscopio que tenía en la mesa. La manifestación que hizo luego Coldwyn Dane entusiasmó al joven ayudante. Un momento después iban rápidamente en un automóvil de alquiler a Shad Street, por indicación de Coldwyn Dane.

El agente de guardia en la puerta le hizo saber que el cadáver de Belloni no estaba ya en la casa, y el muchacho entró en seguida en el negocio. Fué a colocarse en el sitio donde, como lo sabía desde el primer momento, había sido disparado el tiro.

Muy cerca estaba la canasta con maíz donde encontró el revólver. Más arriba había unos estantes, y a la izquierda una pared, de la que colgaban algunas prendas de ropa, muy usadas.

A éstas dirigió Slick Chester el haz de luz de su antorcha eléctrica. En su anterior visita había visto gran cantidad de inexplicables impresiones digitales, y se fijó entonces en que todas estaban especialmente en un sitio que parecía hundido. El muchacho puso las yemas de los dedos en aquel lugar y oprimió suavemente. En el mismo instante, aquella parte de la pared, con la ropa que de ella colgaba, se abrió hacia atrás, como una puerta.

—Me lo esperaba. Esto explica cómo escapó el matador —se dijo Slick Chester.

Dirigiendo hacia el hueco la luz de la antorcha eléctrica, vió unos escalones que se hundían en la obscuridad. Bajó por ellos y llegó a otra puerta. La abrió y se halló en una habitación confortable, aun cuando baja de techo. En un rincón había una caja de hierro y del otro lado una mesa escritorio.

Slick Chester se acercó al escritorio. Los cajones estaban cerrados, pero con ayuda del cortaplumas abrió el de más arriba. Sólo contenía una deteriorada libreta de bolsillo, con anotaciones.

Lo último anotado en aquella libreta decía: "Kay, 80 libras esterlinas."

—¡Kay!—exclamó el joven. —¿Dónde demonios?...

Silbó luego. ¡Kay! ¡Kay Elmer era el ladrón a quien Coldwyn Dane consideraba complicado en el asunto de los diamantes de Brandon! La última anotación de la libreta correspondía, sin duda, a una transacción realizada con él y en la que Elmer había recibido 80 libras esterlinas.

¿Por qué?

La respuesta acudió rápidamente a la imaginación de Slick Chester. Belloni, bajo la máscara de vendedor de animales raros, era un "encubridor", un comprador de objetos robados. Kay Elmer le había llevado los diamantes de Brandon, recibiendo en cambio ochenta libras esterlinas. Tal vez habían reñido, discutiendo el precio y el ladrón había matado al encubridor. Lo más probable era que Kay Elmer se hubiera llevado los diamantes, además de llevarse las ochenta libras esterlinas.

—Estamos empezando a ver un poco de luz en este turbio asunto, —murmuró el muchacho—. Me parece que mi jefe debe intervenir en esto y...

Calló, lanzando una exclamación de asombro debido a que, en aquel mismo momento, brilló en el techo una luz roja.

¡Era una luz de advertencia!

En seguida comprendió Slick Chester que se trataba de algún dispositivo colocado por Belloni para avisarle la proximidad de un visitante. Alguien descendía, en aquel momento, hacia el sótano secreto. ¿Quién? Slick Chester se escondió detrás del escritorio.

Lo hizo a tiempo. Se oyó un ruidito y una puerta, disimulada en el papel pintado de la pared, se abrió de improviso. Brilló el interrogante de la luz de una antorcha eléctrica, en la habitación y apareció la figura de un hombre que avanzó cautelosamente.

Slick Chester se levantó un poco para mirar por encima del escritorio. Vió un hombre alto, de furtiva apariencia, con la antorcha en una mano y un revólver en la otra. En el momento en que dirigió la luz hacia el sitio donde él estaba, el muchacho se agazapó de nuevo.

Unos instantes después se atrevió a volver a mirar.

El hombre estaba arrodillado frente a la caja de hierro y la antorcha, puesta en el suelo, alumbraba la cerradura. A su lado estaba una cartera de herramientas y el revólver estaba también, en el suelo, entre el hombre y el escritorio.

Su propósito se comprendía inmediatamente, como se comprendía que se trataba de un experimentado ladrón. El muchacho observó, con la cabeza llena de raras ideas. ¿Quién era el intruso? ¿Sería Kay Elmer? Si lo fuera, la oportunidad se presentaría magnífica, pues sería posible detener a un tiempo al matador de Belloni y al ladrón de los diamantes de Brandon.

Sólo había un modo de intentarlo y para ello era necesario apoderarse del revólver.

Sin hacer ruido alguno, Slick Chester se arrodilló y se deslizó luego por debajo del escritorio. Con infinito cuidado estiró el cuerpo hasta hallarse enteramente echado en el suelo. Mucho se emocionó al estirar el brazo y darse cuenta de que le faltaban seis pulgadas para llegar al arma.

El ladrón lanzó entonces un grito de júbilo. Había abierto la puerta de la caja. En el hueco, metió el brazo.

Slick Chester se dió cuenta de que no había tiempo que perder. Estiró la mano hacia el revólver, pero al mismo tiempo golpeó con un taco en una de las patas de la mesa.

En el silencio reinante, aquel ruido sonó muy fuerte.

El hombre se volvió, arrodillado. Algo brillaba en su mano. Vió a Slick Chester tendido en el suelo y trató de agarrar el revólver.

Pero el muchacho fué más rápido. Tomó el revólver, se encogió, arrodillándose y un instante después, el arma apuntaba al ladrón, que estaba frente a la caja de hierro.

—No se mueva, —dijo Slick Chester—. Levante las manos y hablaremos.

El hombre obedeció. No alcanzaba a ver bien al muchacho, pues la luz de la antorcha apuntaba para el otro lado, pero el brillo del revólver le decidió a levantar los brazos.

De una de las manos colgaba una reluciente sarta que, a pesar de la poca luz, fulguraba de modo extraordinario.

—Puede tirar al suelo esos diamantes, Elmer, —dijo Slick Chester.

Se trataba de una tentativa audaz, pero tuvo buen resultado. El hombre se estremeció. Era, por lo tanto, Kay Elmer. Pero el joven detective no ahorró precauciones. No trató de arrebatar los diamantes, seguro de que, en tal caso, el ladrón aprovecharía la oportunidad para atacarle.

—¿Volvió a buscarlos, Elmer? —agregó Slick Chester—. Le dió miedo sacarlos en seguida de matar a Belloni, por lo visto.

El ladrón lanzó una exclamación de protesta.

—¡No maté a Belloni! — murmuró con voz apagada.

—Usted fué el último que estuvo con él, —dijo Slick Chester.

Kay Elmer movió, negativamente, la cabeza.

—Estaba vivo cuando me retiré. Eran entonces, las cuatro de la tarde.

El muchacho recapacitó un momento. ¿Estaba mintiendo aquel hombre?

—¿A dónde fué usted después? —preguntó.

—Caminé, tratando de darle esquinazo a alguien que me seguía, —contestó Kay Elmer, con insegura voz—. Si usted no lo cree, puede preguntárselo a Coldwyn Dane. El sabe por dónde anduve. Me siguió los pasos durante cuatro horas, hasta que lo burlé. Puede preguntárselo, si lo duda.

—Cuando usted se fué, ¿estaba alguien con Belloni? — preguntó el joven.

—Nadie —dijo Kay Elmer—. Nadie, excepción hecha de Bimbo.

—¡Bimbo! —exclamó el muchacho, tratando de recordar dónde había oído antes ese nombre. De pronto recordó que formaba parte de lo que había dicho el loro, al parecer sin sentido ni ilación alguna.

En ese momento, Slick Chester sintió como un viento que soplaba sobre su cabeza. Mirando hacia arriba vió que algo descendía del techo, en el que se había abierto una trampa. Trató de levantar el revólver, pero Elmer aprovechó la oportunidad con la rapidez del relámpago.

Slick Chester rodó por el suelo, el revólver saltó de su mano y al mismo tiempo se le echó encima un animal obscuro y peludo.

SLICK CHESTER DESCUBRE AL CULPABLE

Slick Chester se sintió confuso durante unos instantes. Sólo se dió cuenta de que combatía con un animal poderoso. Era un enorme mono, alguno de los favoritos de Belloni, seguramente.

Trató de quitárselo de encima, pero no pudo. Entonces intentó darle un golpe en la cabeza, que alcanzaba a ver a la luz de la antorcha de Kay Elmer. El puño del muchacho dió contra unos dientes muy grandes y se oyó un grito casi humano.

Slick Chester volvió a pegar, saltando a un lado y golpeando luego con ambos pies. Un gemido le indicó que había gol-

(Continúa en la pág. siguiente)

EL DOCTOR QUE TODO LO SABE

En una humilde aldea vivía un pobre aldeano, llamado por mote "Gorrión", que llevó con dos bueyes una carga de leña a la ciudad, y la vendió por dos duros a un médico.

Cuando el aldeano llegó a casa del médico, éste se hallaba precisamente sentado a la mesa.

Al ver el aldeano lo bien que comía y bebía, le entraron deseos de hacerse médico como el otro.

Quedó parado un momento, y preguntó al fin que si no podría ser médico él también.

—¡Ya lo creo! — dijo el médico —; esto se consigue pronto.

—¿Qué debo hacer? — preguntó el aldeano.

—Primeramente, compra un abecedario de esos que tienen un gallo pintado en la primera página; vende tu carro y tus dos bueyes, y con el dinero cómprate vestidos y lo que hace falta a un médico; por último, manda pintar un letrero con estas palabras: "Yo soy el doctor que todo lo sabe", y ponlo encima de tu puerta.

El aldeano hizo todo cuanto el médico le aconsejaba.

Después que lo hubo practicado una temporada, robaron a un hombre muy rico.



Le hablaron a éste del "doctor que lo sabía todo", que vivía en tal y tal aldea, y de seguro sabía a dónde había ido a parar todo el dinero.

Mandó el señor enganchar su coche, fué a la aldea y preguntó en casa del aldeano si el doctor que todo lo sabía vivía allí.

—Sí — contestó —; soy yo.

—Ven entonces conmigo, y dime dónde está el dinero que me han robado.

—Con mucho gusto; pero Andrea, mi mujer, tiene que ir conmigo.

El señor consintió, dejó que los dos subiesen a su coche y se marcharon juntos.

Al llegar a casa del caballero estaba la mesa puesta, y convidó a su improvisado doctor a que comiese con él.

—Sí; pero mi mujer — dijo — comerá también.

Y se sentó con ella a la mesa.

Al entrar el primer criado con una fuente, el aldeano, dándole con el codo a su mujer, que estaba al lado, le dijo:

—Andrea, éste es el primero; queriendo decir que era el que traía el primer plato.

Pero el criado creyó que quería decir:

—Este es el primer ladrón.

Y como en verdad lo era, le entró miedo y dijo a sus camaradas:

—El doctor lo ha descubierto todo. ¡Pobres de nosotros! Ha dicho que yo era el primero de



los que habían cometido el robo.

El segundo no se atrevía a entrar, pero no tuvo más remedio.

Y cuando entró con su fuente, el aldeano, dando con el codo a su mujer, le dijo entonces:

—Este es el segundo.

También éste se asustó y salió de la habitación lo más de prisa que pudo.

Lo mismo sucedió con el tercero; el aldeano dijo de nuevo:

—Andrea, éste es el tercero.

El cuarto tuvo que entrar una fuente tapada, y el caballero dijo al doctor que diese prueba de su arte y que acertase lo que había debajo.

Eran gorriones.

El aldeano miró la fuente, y no sabiendo qué contestar, dijo:

—¡Ay, pobre gorrión!

Al oir esto, el caballero exclamó:

—¡Lo ha descubierto! Entonces sabrá también quién tiene el dinero.

El criado, que se asustó mucho, guiñó un ojo al doctor para que saliese un momento a hablar con él.

Cuando salió, le confesaron los cuatro que habían robado el dinero; que lo devolverían y le darían una buena cantidad encima, con tal de que callara, porque si no estaban perdidos. Y lo llevaron al sitio donde estaba escondido el dinero que habían robado a su amo.

Entonces, satisfecho el doctor, volvió a entrar, se sentó a la mesa y dijo:

—Señor, ahora registraré mi libro para saber dónde está el dinero.

Y el quinto criado se escondió detrás de unas colgaduras, para escuchar si el doctor sabía más aun.

Este miraba su abecedario, en busca del gallo.

Como no lo encontraba en seguida, dijo:

—Sin embargo, estás dentro y tienes que salir también.

Entonces el criado que estaba detrás de la colgadura, creyendo que se refería a él, salió de un salto y gritó:

—¡Este hombre lo sabe todo!

Y el doctor enseñó entonces al caballero dónde estaba el dinero robado, pero no le dijo quién lo había robado; y de esta manera recibió, en recompensa, una buena cantidad de dinero por ambas partes, y se hizo muy célebre.

El Caso del Loro que Habló por Teléfono

CONTINUACION

peado bien. El animal rodó a un lado y el muchacho se puso de rodillas.

En el mismo momento vió que Kay Elmer, con la antorcha en una mano, trataba de agarrar con la otra los diamantes que estaban en el suelo.

Slick Chester trató de agarrarlos, también.

Pero el mono fué más rápido que los dos. Su peluda mano se apoderó de la sarta de diamantes y el mono saltó inmediatamente, al escritorio. Lanzó luego un grito agudo y se dirigió hacia la abertura del techo.

Colgaba de aquella abertura cuando Slick Chester tomó el revólver y disparó un tiro.

Un chillido indicó que había herido al animal. Pero debió ser levemente, pues un instante después desapareció por el hueco y se oyeron sus pasos en el piso de arriba.

—¡Vamos tras él! —gritó Kay Elmer—. ¡Se lleva los diamantes!

EN PERSECUCION DEL CUADRUMANO

Se dispuso a subir al escritorio. Pero el muchacho se dió cuenta de que estaba por perder al ladrón y a los diamantes; levantó el revólver y apuntó a Kay Elmer.

—¡Un momento! —gritó—. Hablemos claro. ¿Ese es uno de los favoritos del viejo Belloni?

—¿Ese? ¡Ese es Bimbo! —respondió Kay Elmer—. Se habrán perdido los diamantes, si ese animal se los lleva. Ese mono es capaz de todo. ¡Parece tan inteligente como un hombre!

Giró la luz de la antorcha y Kay Elmer vió por primera vez, el rostro del muchacho.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Usted es el entrometido ayudante de Coldwyn Dane! ¡Me había figurado que era de la policía! ¡Bueno! ¡Tome esto, entonces!

En el mismo instante tomó del escritorio un pesado tintero y lo arrojó a la cabeza de Slick Chester.

El muchacho se agachó a tiempo y el tintero le pasó por encima de la cabeza. No le dió tiempo para arrojarle algo más. Saltó con rapidez suma y con la mano izquierda le dió un fuerte puñetazo al ladrón en la mandíbula.

Kay Elmer cayó de espaldas, astillando una silla en su caída. Dió contra el suelo un golpe que casi lo desmayó y antes de que pudiera levantarse, Slick Chester había sacado del bolsillo unas relucientes esposas.

La antorcha, empujada por Kay Elmer al caer, había rodado y se había apagado. Pero la obscuridad no era un gran inconveniente para el ayudante del detective.

Se oyó un ruido metálico. Las esposas ciñeron las muñecas del ladrón, que pataleó, vociferando insultos. Slick Chester encendió su antorcha.

Con la antorcha y el revólver en ambas manos y Kay Elmer con esposas, el muchacho dominaba definitivamente, la situación. El ladrón se dió cuenta de lo que pasaba y cambió de actitud.

—¿Qué va a hacer conmigo? —preguntó.

—¡Levántese! ¡Pronto! —ordenó—. Me ocuparé primero de usted y luego de los diamantes. Camine y recuerde que no dejo de apuntarle.

LA CAPTURA DEL HOMBRE SOSPECHOSO

La puerta de arriba, la que daba al negocio de Belloni, presentó alguna dificultad. Kay Elmer dijo que ignoraba cómo se abría. El muchacho disparó un tiro, sin adelantarse al ladrón, rompió la cerradura y la puerta se abrió. En el negocio resonaron gritos de alarma de los enjaulados animales y el agente que estaba de guardia a la puerta, entró apresuradamente. Dirigió la luz de su linterna a Slick Chester y Kay Elmer.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

—Encárguese de custodiar a este hombre, agente —dijo Slick Chester.

Al agente le brillaron los ojos.

—¿Ha encontrado usted al hombre que mató a?...

—Aun no; pero este individuo está relacionado con el ro-

Kay Elmer tuvo que obedecer. Después de mirar por última vez, hacia la trampa del techo, se dirigió hacia la puerta, se-

guido por el muchacho que no cesaba de mirarlo.

bo de los diamantes de Brandon y mi jefe tendrá mucho gusto en verlo, —dijo el joven ayudante.

Slick Chester no perdió tiempo. Mientras subía, había pensado algo para rescatar los diamantes y para dar con el matador del viejo Bellor'. Primero debía encontrar a Bimbo, el mono. Habiéndose convencido de que Kay Elmer quedaba seguro en poder del representante de la ley, corrió, escaleras abajo, hacia el sótano secreto de Belloni.

Con poco trabajo, el muchacho subió al escritorio y se asomó por el hueco del techo. Se encontró en una pieza sucia, que debía ser la cocina de Belloni. Con la antorcha alumbró en redor. Pero el mono se había escapado ya.

Una puerta entreabierta le indicó por dónde se había escurrido. Se acercó a ella y vió que daba a una escalera estrecha, tortuosa y vieja.

Algunas gotas frescas, de sangre, que vió en los escalones, decidieron al joven a subir inmediatamente.

Llegó a un reducido rellano en el que las huellas del paso del mono se veían marcadas en una espesa capa de polvo. En el rellano había tres puertas que estaban cerradas, pero el rastro de las gotas de sangre indicaba que no se había metido por ninguna de ellas.

Seguía otro tramo de escalera, por el que subió Slick Chester, más cautelosamente. No quería que el mono se le echara encima, desde la obscuridad, haciéndole rodar por la escalera.

POR ENCIMA DEL TECHO DE LA CASA

Se encontró en el rellano más alto, en el de las buhardillas y envió el rayo de luz investigador de la antorcha, en todas direcciones.

Frente a él vió una puerta entornada. Guiado por las huellas, se dirigió a la habitación a que daba acceso aquella puerta.

—Por aquí debo ir, —se dijo el muchacho—. Pero con precaución. Si se da cuenta de que está arrinconado, ha de resultar un peligroso enemigo.

Abrió la puerta del todo y envió hacia el interior de la habitación el rayo de luz de su antorcha. La habitación era pequeña, recibía luz por una claraboya que daba al tejado de la casa y estaba ocupada por cajones viejos. En medio del piso había un charquito de agua de lluvia, que había pasado por unos vidrios rotos, de la claraboya.

Slick Chester alumbró los cuatro rincones y exclamó, enteramente decepcionado:

—¡El mono no está aquí! —murmuró—. Se marchó por la claraboya. Rompió unos vidrios más, al pasar. Hay sangre en estos pedazos.

Se inclinó para tomar unos pelos de uno de los trozos de vidrio que había en el suelo y guardarlos en su cartera.

Se quedó unos momentos mirando la claraboya. Después movió la cabeza afirmativamente.

—¡Voy a atreverme! —dijo, decidido—. Quiero recobrar esos diamantes y darle una grata sorpresa a mi jefe.

Puso dos de los cajones debajo de la claraboya y se subió a ellos. Después, tras de guardarse la antorcha en el bolsillo, se agarró al borde del armazón de la claraboya, probó su resistencia y se izó con asombrosa fuerza. Un momento después, había pasado por el hueco.

MOMENTOS DE INTENSA ANSIEDAD

Después de la obscuridad de la casa, el cielo, con el reflejo de las luces de la ciudad, no parecía tan tenebroso. En redor distinguió un verdadero bosque de chimeneas y calculó, con angustia, que en semejante sitio le sería sumamente difícil capturar al mono fugitivo.

Pero no había contado con el mismo mono. Un instante después, oyó un chillido a su espalda; volvió la cabeza y vió a Bimbo en un sitio algo más alto, del mismo techo.

Su aspecto era terrible. Los ojos le relucían, mostraba los dientes amenazador, y todo justificaba la idea que en aquel momento, acudió a la mente del muchacho.

El mono estaba furioso. En su mano brillaba algo extraño. Eran los diamantes de Brandon. Slick Chester sacó el revólver. En el mismo momento, el joven oyó un alarmante crujido. La claraboya en que se había detenido se hundió con estrépito y el muchacho se cayó. Tratando de sostenerse, el revólver se le escapó de la mano y Slick Chester se deslizó, tendido por el techo inclinado, hasta llegar a una canaleta de desagüe, que detuvo su descenso. Por eso no cayó a la calle.

—¡Qué lástima! —dijo—. ¡Oh! ¿Qué es esto?

Vió que el mono saltaba por el techo hacia donde él estaba. El animal se precipitó tan rápidamente, que lo único que pudo hacer el muchacho fué recibirlo con un puñetazo que le hizo retroceder y se dirigió luego, en procura del revólver, seguido por el mono.

El mono volvió a atacar y el joven vió brillar el revólver en el borde del techo. Tendió la mano para agarrarlo. Lo mismo hizo el mono. Lo agarró la peluda mano de Bimbo.

Entonces, como si supiera manejar el arma, el mono, agitándola en la mano, se subió al parapeto del techo.

El revólver apuntaba a la cabeza del joven. Slick Chester, desesperado, se lanzó sobre el mono y pegó fuertemente. Un primer golpe dió en el brazo del mono, que volvió el revólver hacia su propio cuerpo. Se oyó una detonación, el mono se tambaleó en la pared y cayó hacia adelante, soltando el arma.

LOS DIAMANTES DE BRANDON APARECEN

El revólver cayó frente a Slick Chester en el momento en que el mono caía del otro lado de la pared. Pero cayó algo más. Era una sarta de relucientes piedras preciosas. Slick Chester la tomó, riendo sumamente satisfecho.

—¡Los diamantes de Brandon! —exclamó—. ¡Ya los tengo! ¡Ahora!...

Voces procedentes de la rota claraboya del techo, le interrumpieron. Al mirar, vió la cabeza del detective Coldwyn Dane que aparecía por el hueco. Oyó la voz de Burdett, el inspector de policía, que estaba abajo.

—¿Qué se figura usted que está haciendo, muchacho? —gritó el inspector Burdett—. ¿Cazando?

Slick Chester se sonrió.

—¡No por cierto! ¡Se mató él mismo! —Miró a Coldwyn Dane—. Aquí tengo un regalito para usted, jefe, —dijo.

—¡Los diamantes de Brandon! —exclamó el detective.

—Eso mismo, —replicó Slick Chester—. Los encontré por casualidad. Estaban en la caja de hierro del viejo Belloni. Elmer fué quien los robó y los vendió a Belloni, que negociaba como encubridor. Kay Elmer volvió esta noche, para robárselos. ¿Lo tienen ustedes seguro?

—Abajo está, —gruñó el inspector Burdett.

—¿Han soltado a Anguila? —preguntó el muchacho.

—No, —dijo Burdett—. No pienso soltarlo hasta que haya prendido...

—¿Al matador de Belloni? —manifestó Slick Chester—. ¿Examinó usted el revólver con que lo mataron? ¿No ha notado que los pelos que tiene y las impresiones digitales que presenta no son de hombre?

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que si usted se hubiera fijado en el trayecto recorrido por la bala que mató a Belloni, desde que salió del arma, pasando por la cabeza del viejo e incrustándose en la madera de una jaula, lo hubiese visto todo muy claro.

EL VERDADERO MATADOR DE BELLONI

El inspector reflexionó un momento y luego inclinó la cabeza.

—Eso demuestra que el matador estaba de pie, detrás de su víctima —dijo con impaciencia—. Un niño es capaz de notarlo.

—Es verdad, pero el matador no estaba "de pie", detrás de Belloni.

Estaban ya en el negocio y el muchacho indicó el sitio desde el cual había sido disparado el tiro que había dado muerte al viejo.

—El matador estaba sentado en ese estante —dijo el muchacho—. Si quiere molestarse, hallará sus huellas en la capa de polvo. Tal vez podrá compararlas...

—¿Con qué diablos voy a compararlas?

—El matador está afuera y estuvo a punto de matarme.

—¿Quién es? ¿Kay Elmer?

Slick Chester movió negativamente la cabeza.

—Entonces... ¿quién?

Sonriendo, el joven indicó el loro.

—Pregúntele al loro. El lo sabe.

El loro, al sentirse aludido, saltó de su jaula.

—¡Crimen! ¡Bimbo! ¡Crimen! ¡Bimbo!—gritó.

Slick Chester saludó cortésmente al loro.

—Eso es, amigo mío — dijo Se volvió hacia el maravillado inspector de policía. ¿Ha comprendido? Belloni no fué asesinado. Se produjo un accidente. Bimbo estaba jugando con el revólver, en ese instante. Salió el tiro y el mono se asustó tanto que saltó por encima de las jaulas. Encontrará usted sus huellas en esos sitios. Eso es todo —terminó Slick Chester—. ¿No les parece que ha llegado la hora de tomar algún alimento? Creo que me lo he ganado.

—Soy de la misma opinión —dijo el inspector Burdett.

F I N

Slick Chester trató de agarrarlos también, pero el mono fué más rápido que los dos y se apoderó de los valiosos diamantes

Ilustró ROJAS



















¡ATENCION! PIBES Y PIBAS. AL FINAL DE ESTE CUADRO ESTA LA ESTAMPILLAS DE "LAS BREVES TRAGEDIAS DE LA VIDA MODERNA" RECORTENLA PARA CONTINUAR LA COLECCION. INICIEN UN CERTAMEN EN CADA BARRIO, A VER QUIEN RESULTA CAMPEON...

¡LE VOY A PECHAR A MI TIO, QUE ES RICO, PARA QUE ME COMPRE TODAS LAS JORNADAS DE HOY!

¡EN ESTA LIBRETA VERAN USTEDES LA MAYOR PARTE DE LAS ESTAMPILLAS QUE SALGAN!

AL QUE RESULTE CAMPEON DE ESTE BARRIO LE VAN A REGALAR UN LAPIZ SIN MINA

¡TE DOY UNA BOLITA POR UNA ESTAMPILLA COMICA!

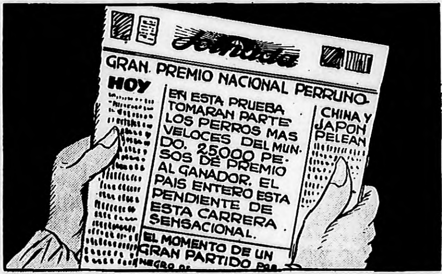
PIDAN A SUS VECINOS Y PARIENTES QUE LES GUARDEN ESTA PAGINA. TODAS LAS SEMANAS APARECE AQUI UNA ESTAMPILLA COMICA



BREVES TRAGEDIAS DE LA VIDA MODERNA




























LOS VIAJES DE PICA A TRAVES DEL MUNDO

por Blosser





PITUCO EL DESOCUPADO

por Crane







FILILA

por Brinkerhoff





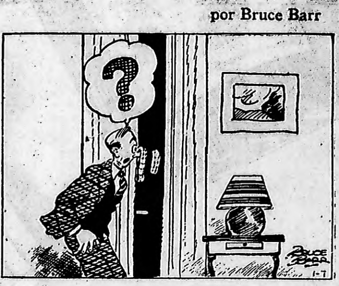


CHILICOTE Y CINCOGUITAS

por Bruce Barr







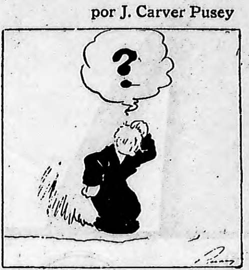
TUCUTA

por J. Carver Pusey









PICHONA CHARABON

por Don Flowers







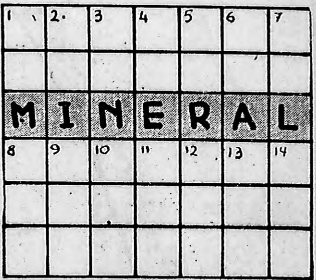


PARA CALENTARSE LA CABEZA

COMBINACION DE LETRAS

Con este problema, como en el publicado en el número pasado, no se trata de palabras cruzadas sino de una combinación de letras, que forman palabras que, unidas unas a otras, forman otras palabras y todas coinciden, en determinado punto, con las letras de una palabra elegida previamente. En este caso, la palabra elegida es MINERAL, el nombre del caballo que ha de ganar alguna vez más, según dice Ronderos.

Las palabras de tres letras, marcadas como verticales, en la primera fila (de 1 a 7), terminan con una de las letras que forman el nombre de MINERAL, y las verticales también, de abajo, tienen sentido por sí mismas y unidas a las anteriores, tienen otra significación.



REFERENCIAS

1.—Hijo de Noé.
2.—Nombre árabe.
3.—Tañido.
4.—Que vuela.
5.—Preposición.
6.—La tienen las aves.
7.—Alumbra de día.
8.—En el mar.
9.—Tomé el olor.
10.—Asegura.
11.—Femenino de río.
12.—Igual, semejante.
13.—Entregas.
14.—Donde se trilla.

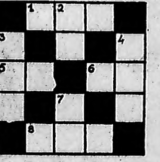
Palabras de seis letras que se han de formar cada una con las dos de la misma columna:

1.—Trigo candeal desnudo de su corteza.
2.—Salsa catalana que se hace con ajo y aceite.
3.—Son muy buenas las de Beethoven.
4.—La sufren los buques en la tormenta.
5.—Puerta grande de entrada a una casa.
6.—Lo son todas las aves.
7.—Madre del vino, que le da sabor.

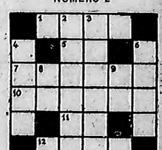
Palabras Cruzadas para Niños

Estas palabras cruzadas son sencillas y fáciles. Han de servir para que los pequeños lectores se familiaricen con este género de entretenimientos y estén bien preparados cuando se les presente la ocasión de descifrar algún arduo problema, por el estilo de "Bimbo". Damos las soluciones en estas mismas columnas para no hacerles esperar hasta la semana que viene. Todo ha de ser sencillo y fácil para los pibes lectores de esta sección.

NUMERO 1



NUMERO 2



Referencias (1)

HORIZONTALES

1 Alimento hecho con harina de trigo.
5 Negación.
6 Nota musical.
8 Animal que vive en el agua.

VERTICALES

2 En los dados.
3 Cifra.
4 Signo aritmético.
7 Nota musical.

Referencias (2)

HORIZONTALES

1.—Niño, argentinismo.
5.—Voz con la que se detiene a los caballos.
7.—Secreción ocasionada por las glándulas de la boca.
10.—Sonar los truenos.
11.—Repetido significa padre en criollo.
12.—Osculo.

VERTICALES

2.—Pequeña porción de tierra rodeada de agua.
3.—Las usan los vascos.
4.—Punto Cardinal.
6.—Rostro, semblante.
8.—Terminación de infinitivo, primera conjugación.
9.—Se dirige a un lugar.

VEA UD. AHORA LAS SOLUCIONES

COMBINACION DE LETRAS

Con el propósito de facilitar en todo lo posible, la solución de este problema, la damos a continuación para comprobarla, después

1 S	2 A	3 S	4 A	5 P	6 A	7 S
E	L	O	V	O	L	O
M	I	N	E	R	A	L
8 O	9 O	10 A	11 R	12 T	13 D	14 E
L	L	T	I	A	A	R
A	I	A	A	L	S	A

de obtenida, esperando que los lectores no han de consultarla antes, pues eso "no tendría gracia", como suele decirse.

PALABRAS CRUZADAS PARA NIÑOS

A continuación damos las soluciones de los problemas de Palabras Cruzadas, publicados más arriba. Rogamos a nuestros lectorcitos que no busquen el punto de menor resistencia leyendo las

NUMERO 1



NUMERO 2



soluciones antes de tratar de descifrar los problemas. Estas soluciones están para comprobar la exactitud de las que obtengan los pibes lectores. Contamos con que para eso, y únicamente para eso, las utilizarán.



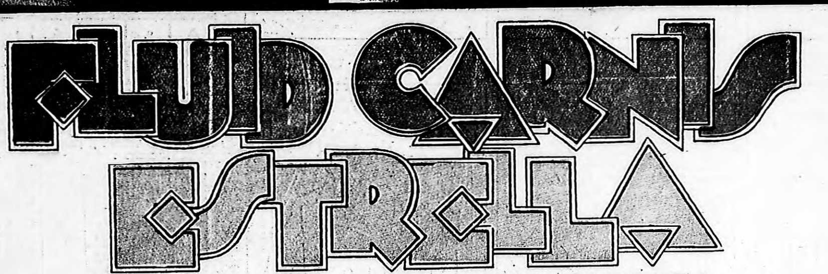
Vigor y Agilidad

proporciona al organismo el FLUID CARNIS ESTRELLA.

De ahí que lo recomienden las eminencias médicas como el mejor tónico, el más eficaz reconstituyente y el alimento más adecuado en las épocas de calor para las personas que sufren de inapetencia.

☆ ☆ ☆

Elaborado en las Grandes Fábricas y Laboratorios de la Droguería de la Estrella, S. A. Ltda. Rivadavia esquina Paraná



EN VENTA EN TODA BUENA FARMACIA